

El rey de los ratones o el Pinochet de Armando Uribe

Rodrigo Zúñiga Contreras

La noche del 25 de octubre de 2020, una vez conocidos los resultados del Plebiscito Nacional sobre el inicio de un proceso constituyente para una nueva carta fundamental, emocionado, escribí en Facebook: *“El poeta, abogado y diplomático Armando Uribe decía que no vivíamos en transición democrática, sino en una “dictadura imperfecta” (notable concepto) cuyo norte no eran nuestros derechos, sino el sofisma de la “estabilidad”. Con Uribe en el corazón y en las entrañas (con su amarga bilis, como él gustaba decir de las palabras), hoy, quienes lucharon y se alzaron, todas y todos, nos acompañan en el inicio de este nuevo ciclo”*.

A pocos años de esta conmovida declaración —tres apenas, ya tan remotos...—, las brújulas políticas, contra cualquier pronóstico, incluso el más cauteloso, que se hubiere planteado por aquellos días llenos de agitación, marcan rumbos imprecisos, de amenazante negrura. No tiene sentido, ahora, al amparo del tiempo transcurrido, desdeirse ni regañarse por haber cedido en octubre de 2020 al empuje momentáneo de una reivindicación tan largamente sentida. Lo que para muchos era el anuncio de la aurora de Chile, acabó declinando, o por lo menos cediendo importantes posiciones, ante la arremetida de los pragmatismos y las poderosas agendas de los intereses económicos y políticos que imperan desde larga data en el país. Con la perspectiva de 2023, ese entusiasmo de ayer, aparte de *naïf*, parece como si hubiera nacido muerto. El detalle a considerar, claro, es que tanto a nivel de las emociones personales (entre las que contaremos las expectativas sobre el curso de una política nacional que pareciera sumida en la incongruencia y la destemplanza de los votantes), como a nivel

de los afectos colectivos, a partir de los sucesos de 2019 entramos en una zona accidentada. Si el 18-O supuso algo cataclísmico, de una intensidad sobrecogedora, fue porque la magnitud de su condición de “accidente”, desbordando toda medida y toda capacidad de previsión, puso en jaque el *sofisma de la estabilidad* (el mentado “oasis” piñerista: el de Chile como plutocracia neoliberal). Una estabilidad llena de amarres y amenazas veladas, tan arduamente defendida por un “frente único” político-empresarial, que resulta tentador pensar que es la misma a la que se refería Armando Uribe en 1999¹, a propósito de otro episodio de “desborde”: el *accidente Pinochet*.

Voy a retener, entonces, la palabra accidente. No debiéramos olvidar que, aunque en una escala ciertamente menor a la de 2019, la detención de Augusto Pinochet en Londres y la larga secuela de incidentes que desencadenó entre octubre de 1998 y marzo de 2000, supuso asimismo un *estallido*². Dos accidentes, dos estallidos de signos contrarios, diferidos en años (y quién sabe si las cargas contrarias de esas manifestaciones políticas, en su desmesura, se llaman secretamente...). En el caso del pequeño estallido ultraconservador de 1998, Armando Uribe, actuando como poeta vigía, descifró sagazmente las claves que el evento ponía en juego en la reciente historia de Chile y, en particular, en la política del consenso. Esa mirada continúa aportándonos hitos importantes de reflexión. Equidistante entre el Golpe de Estado y el ciclo político actual, braceando en las aguas extrañas del retorno democrático con Pinochet instalado como senador

1 En una conocida conversación con el filósofo Miguel Vicuña, sobre la que sería oportuno regresar en estos días de conmemoración, el poeta se explayaba sin contemplaciones: “Se ha formado respecto de este caso [el arresto de Pinochet en Londres] un frente único de todos los poderes del Estado y de todos los poderes fácticos en Chile, en que están aliados absolutamente todos los que mandan en Chile, los que mandan en términos políticos, de gobierno y de oposición, los que mandan en términos administrativos, los que mandan en términos económicos, los que mandan en términos gremiales, etc.” (Armando Uribe y Miguel Vicuña, *El accidente Pinochet*. Santiago: Sudamericana, 1999, p. 62-63).

2 Se diría mejor: una parodia de estallido, una mímica penosa que, contraviniendo la frase archiconocida de Marx, ocurrió primero como tal parodia, mucho antes que el entusiasmo del estallido real —de las capas medias y populares— que sobrevendría en 2019. Con todo, ese proto-estallido fascista tuvo el efecto concreto de conmocionar el estado de las cosas en plena Transición y eso fue, justamente, lo que Uribe supo dimensionar en el momento.

vitalicio, la meditación y el diagnóstico de Uribe llaman la atención por su agudeza ante los sucesos de aquella hora, por su atrevimiento intelectual y su invocación de arquetipos y fantasmas, para pensar en la figura que da nombre al accidente, Pinochet.

Uribe comprendió —en sus propias palabras, “clamando *de profundis*”— y puso a nuestro alcance varias cosas en torno a la figura de Pinochet. La interpretó como el movimiento subterráneo de una psiquis colectiva enraizada en los comportamientos, sensibilidades y modos de ser chilenos. Tuvo la osadía y el buen criterio, del todo apropiado para la causa, de la invocación de saberes arcanos (la poesía, el psicoanálisis mismo) para su tentativa. En *El fantasma de la sinrazón*, incluso confesó: “He sido durante 26 años y diez meses un permanente “pinochetólogo” (en inglés: un “pinochet-watcher”). ¿Constituye esto una manía personal? Desgraciadamente, no. En todo este tiempo, casi 27 años, los diarios de mi país se han ocupado todos los días, sin excepción, de lo que le ocurre a Pinochet; y la televisión y las revistas y la radio. Y las mentes de los chilenos”³. *Pinochet en la mente de todos*. ¿Cómo destrabar este nudo ciego? ¿Cómo explicar su fuerza de arrastre entre sus feligreses, que se dejaban ver nuevamente sin contemplaciones? Para el poeta Uribe, las “imprevisibles” reacciones de los seguidores de Pinochet tras su arresto en Londres, su espantoso fanatismo, no hicieron otra cosa que exhibir en la superficie de la vida pública, con meridiana claridad, el grado de vulnerabilidad de la Transición —y el desfondamiento histórico del Estado de Chile después del Golpe. Cuando la erupción, el desenfreno de pasiones idolátricas irracionales, ocupa el centro de la escena; cuando la triste pasión marginada por el consenso (pseudo)democrático empuja ahora con todo su vigor e iracundia reconociéndose cada vez más influyente en el día a día de la crisis, queda a la vista que Pinochet excede —‘por abajo’, a nivel inconsciente— a la persona misma del general golpista. Para Uribe, Pinochet es *otro que* “Augusto” Pinochet. Pinochet es el nombre de un afecto inconsciente, ligado a fuerzas, emociones y reminiscencias profundas, propias de una “gnosis

3 Armando Uribe, *El fantasma de la sinrazón y el secreto de la poesía* (Santiago: Be-uve-dráis Editores, 2001, p.12).

arcaica”⁴, que cruza y tensiona los devenires identitarios chilenos, y que el 11 de septiembre de 1973 habría consumado su contenido fantasmático: la violencia que se quiere legítima⁵.

Ahora bien, ante la retención del personaje golpista en un país extranjero, se hace evidente que para devotos tanto como para algunos opositores (impensadamente), “el cuerpo de Pinochet con vida es el garante de Chile”⁶. Esta frase terrible, pronunciada irónicamente por Uribe, condensa la verdad más oscura de la Transición. De pronto, el “frente común” de la derecha y la centroizquierda gobernante profesan la idea de que la Transición no estará a salvo sin el cuerpo sobre el que ella descansa, la piedra de toque, el único cuerpo que la hace posible. La cruzada por la recuperación del cuerpo del anciano, o más bien del cuerpo prometido y puro que se encarna y a la vez trasciende la fragilidad carnal del anciano (el cuerpo otro en el cuerpo mismo), adquiere tonos y tintes sacros. Uribe da a entender que la gran dificultad que impone la figura de Pinochet para su asimilación conceptual, radica en la movilización de conatos teológicos y rasgos animistas y fetichistas entreverados con la política fáctica. Al dolor de las muertes y de la represión, corresponde la atrocidad de un fervor como jamás se había conocido en Chile. Varios son los cuerpos, y no sólo los dos recién mencionados, reunidos en esa figura, en ese nombre: en el nudo ciego Pinochet. ¿La Transición puesta en vilo por un cuerpo que falta, por el único cuerpo que importa, por el que vale la pena y se vuelve indispensable iniciar una Cruzada ante los imperios extranjeros? ¿La Transición como asunto teológico? Al menos, como asunto de arcanos, que cuando más se menosprecian y desmerecen como criterios de análisis sociopolítico, mejor y con mayor evidencia dejan sentir su impacto. De muestra, el *accidente* Pinochet y sus disturbios —performativos, lingüísticos, semánticos, animistas, histriónicos, políticos, diplomáticos, legales...— altamente irracionales.

4 Armando Uribe, *El fantasma de la sinrazón...*, *op.cit.*, p. 41.

5 *El fantasma de la sinrazón...*, *op.cit.*, p. 49.

6 Armando Uribe y Miguel Vicuña, *El accidente Pinochet*, *op.cit.*, p. 109.

¿Alguna vez —parece preguntarse Armando Uribe— volveremos a la razón, al comportamiento comedido, al país que tuvimos, o que hemos creído tener, antes del Golpe, antes de la irrupción de Augusto Pinochet Ugarte, el general golpista, es decir de Pinochet, el arquetipo de una violencia que se quiere legítima para salvaguardar los intereses de unos pocos? ¿Volveremos a algo que *parecía existir*, antes de que nos diéramos cuenta de que ya no existiría más, de ninguna manera? En un momento luminoso, de los más brillantes, de la conversación sostenida con Miguel Vicuña, el poeta declara (cito en extenso):

“(...) con el Golpe, desde el día del Golpe de Estado, y centradas en el señor Pinochet, las actitudes en realidad reflejaban movimientos subrepticios, profundos, gruesos del inconsciente, en mi opinión del más nefasto inconsciente colectivo chileno, con raíces en historias chilenas muy antiguas, de siglos atrás, también manifestadas en las crueles atrocidades que en la historia de antes se produjeron en forma en apariencia entrecortada, a través de represiones atroces, sobre todo respecto de los sindicatos y de algunos partidos políticos desde principios de siglo.

Esa irracionalidad se concentró, formó una especie de nudo, nudo ciego, el día del Golpe de Estado, y el centro de este entrecruzamiento de colas de ratones —estoy usando una metáfora que no es tal, porque es algo que ocurre, hay un fenómeno que se llama el del rey de los ratones, el que es puesto al medio de un círculo grande, grueso, de numerosos ratones, entrelazadas las colas de todos, para proteger al rey de los ratones que está al centro de este círculo —el señor Pinochet pasó a ser eso, y lo es hasta ahora. Ese es un fenómeno subterráneo de la psique colectiva, concretada en la persona del señor Pinochet, la psique no sólo individual, mientras se está oníricamente soñando y actuando, también la psique que se manifiesta en las conductas, las retorsiones de crueldad, de crímenes atroces. Es el estallido del volcán, la erupción del inconsciente, de la irracionalidad chilena. De modo que esto tiene esa historia, y nunca el país, ¡nunca!, desde cuando tiene nombre en el siglo XVI, había visto un fenómeno de irracionalidad colectiva concretada en una persona como la que vemos ahora en Chile carnalizada en el señor Pinochet. Ahora, eso mismo hace, en ese entrecruzamiento de las colas de los ratones, tan estrecho y tan difícil de desentrañar, que el señor Pinochet como persona física represente algo que

excede con mucho al individuo Augusto Pinochet Ugarte. Es un arquetipo, en el sentido de los viejos, primitivos arquetipos que describió el psiquiatra Jung en Suiza. Supongo que no me acusarán de psicologismos. La vejez enseña a discernir lo de detrás; y ha permitido leer sobre estas cosas”⁷.

El nudo ciego Pinochet, tan difícil de desentrañar, como no sea con el auxilio de la gnosis arcaica y de la lógica del arquetipo, de los oscuros movimientos de una psique colectiva, es figurado por el poeta Armando Uribe con la repulsiva imagen del “rey de los ratones”. Ahora comprendemos con más claridad que cuando el poeta habla de estallido, está refiriéndose ante todo al “estallido del volcán”, a la erupción descomedida de lo irracional. El día del Golpe, precisa, y desde ese día el resto de los días, vio la mutación del general Augusto Pinochet en Pinochet rey de los ratones, emisario y encarnación de las potencias de la violencia represiva de la clase dominante (latifundista, terrateniente, oligarca, empresarial...). Todos los días contando desde el día aquél, el imperio de la fuerza y de los actos sanguinarios acometió sobre la República sin ningún contrapeso.

Lo que tiene de *revelador* el *accidente Pinochet* del período 1998-2000, a juicio de Armando Uribe, es que la Transición iniciada en marzo de 1990 sólo había de ser una dictadura imperfecta, un juego de manos y de argucias semánticas y de amenazas veladas o no tanto. El “accidente” o “proto-estallido fascista” que puso en aprietos al gobierno de Frei Ruiz-Tagle, derivó en una rápida e infortunada concesión a la derecha: expuso la herida abierta que era la Transición pactada; hizo ver que el ciclo de la dictadura estaba lejos, muy lejos de acabarse. Más lejos de lo que todos, incluidos los escépticos demócratas que miraban con desolación el paso de los años ‘90 en una vorágine de consumo, impunidad y olvido, hubiesen creído en realidad.

¿Pudo ser, el estallido de 2019, por fin algo totalmente distinto a las erupciones de la irracionalidad de corte fascista? Si el Golpe de 1973 y el proto-estallido de 1998 resultaron, como propuso Uribe en su minuto, no sólo en el asalto criminal y depredador al Estado legítimo y a la vida de

7 Armando Uribe y Miguel Vicuña, *op.cit.*, p.73-74.

chilenas y chilenos, sino en el triunfo del miedo, de la ignorancia y la obcecación, de la hipocresía y la desvergüenza, ¿cómo enfrentarnos a lo que vendrá, esta vez? ¿Será que las huestes ultraconservadoras de esta hora, traen muchas más colas de ratones para sumar a la inexpugnabilidad del rey? ¿Será que la irracionalidad colectiva apuntada por el poeta Armando Uribe halló, poco a poco, cómo vestirse a sus anchas y tomarse el sentido común? Si Chile alguna vez fue distinto —y poco importa, en realidad, cuán distinto fue—, ¿podrá serlo aún, en nombre de una justicia social plena en la que volvimos a creer, conectando con la memoria profunda de Allende y del proyecto de la UP, hace apenas tres o cuatro años, en esos meses entre 2019 y 2020 en que parecía que Pinochet, nudo ciego y rey de los ratones, cuerpo sacro de una Transición que nos sigue persiguiendo, se volvía finalmente una imagen borrosa, enterrada para siempre?

Armando Uribe, es sabido, distaba de proyectar una imagen optimista entre sus compatriotas, todo lo contrario. Pero, al cierre de esta breve reflexión conmemorativa, me permitiré arrimarme, en su nombre y con respeto, a un sentimiento colectivo. Circula, entre los muchos *Reels* de *Instagram*, un fragmento de la entrevista que Uribe concediera al programa *Plaza Italia*, del canal *Rock & Pop*, conducido por Marcelo Comparini, probablemente hacia 1999. En un momento, Comparini formula una pregunta que, en el contexto de la Transición democrática, tenía toda lógica: “Don Armando, ¿no se siente un poco solo en esta sociedad, donde al parecer, la mayoría tiende a guardar un poco de silencio?”. Es conocida la sentenciosa respuesta de Armando Uribe: “- Mire, yo estoy con las decenas de miles de personas que fueron torturadas, con los muchos miles que estuvieron detenidos, con los cientos de miles que fueron desterrados y creo que con muchos más también, que por jóvenes o por otros motivos semejantes, no sufrieron ellos o sus familias, o sus amigos, esos fenómenos. Yo estoy con muchos, ¡no estoy solo!”.

Esas muchedumbres de las que el poeta se reclama, esos miles, muchos miles y cientos de miles, que siguen siendo, todavía hoy, de una manera u otra, reducidos y apartados por el sofisma de la *estabilidad*, forman, también, el reclamo de una esperanza. Escuchar y leer a Armando Uribe en 2023, habiendo transcurrido cincuenta años del derrocamiento de Salvador Allende y veinticinco del “accidente Pinochet”, sigue siendo faena nece-

saria, imperativa. Uribe nos exige pensar e intuir, con los saberes arcanos y con la inteligencia analítica e histórica, lo que está ocurriendo en torno a nosotros, en un mundo sostenidamente más automatizado y enamorado de sí mismo hasta la náusea. Y en especial, nos sigue forzando a detectar qué clase de monstruos emergen, cuando todos, en apariencia, prefieren guardar un poco de silencio.

...

Rodrigo Zúñiga Contreras (Santiago, 1974)

Escritor y poeta, Doctor en Filosofía por la Universidad de Chile. Como académico del Departamento de Teoría de las Artes en la misma universidad, ha publicado numerosos ensayos y artículos sobre filosofía, artes visuales, fotografía, música y estética contemporánea, tanto en Chile como en el extranjero. Entre otros, ha publicado los libros *La demarcación de los cuerpos. Tres textos sobre arte y biopolítica* (2008), *La extensión fotográfica* (2013), *Ultra-peau. Au-delà de la dermatologie photographique* (2017), *Un príncipe en el exilio. Las ideas estéticas de Adolfo Couve* (2022). Entre su obra literaria, destacan títulos como *Mazinger y otros poemas* (2019) y *Ovnis sobre Santiago!* (2021).